

PRESENTACIÓN COLECCIÓN PAPIROS

JUAN CARLOS ESCOTET

Febrero 2013

Ha querido la fortuna que, por quinto año consecutivo, nos encontremos aquí para celebrar ese logro de la civilización, ese regalo de los dioses que es la publicación de un libro. Pero esa fortuna hoy se nos muestra abundante: no se trata de un libro sino de 12, cifra que en el marco de este encuentro expresa la riqueza, la amplitud de los géneros que aquí concurren: la poesía, el ensayo, la narrativa y el periodismo.

A ese 12 se suma un ejemplar de la próxima colección, así que hoy son 13 los libros que se presentan. Ese número cargado para algunos de connotaciones negativas, es en mi simbología un número de buena suerte, es parte de mi cábala particular. Estos 13 títulos se suman a nuestra biblioteca de 49 obras en estos cinco años de relación que iniciamos junto al rector Benjamín Scharifker y de Carlos Pacheco y que continua con gran vigor de la mano del rector Enrique Planchart y de Mariana Libertad.

También es propicio recordar que Equinoccio, editorial de la Universidad Simón Bolívar fundada en 1973, a la que en los últimos tiempos hemos apoyado con orgullo y convicción, celebra 40 años de existencia. Y como parte de esa celebración, se entregará el reconocimiento debido al ganador del concurso de cuentos Oswaldo Trejo, que nos recuerda a ese hombre delgado y peculiar, narrador fascinante que, aun cuando nació en Ejido, en el estado Mérida, hizo de Caracas el lugar para vivir, escribir y ejercer sus magníficos dotes de caballero, pero más aún, hizo del boulevard de Sabana Grande su centro de tertulia, donde congregaba a su alrededor a algunos de los más insignes conversadores de Caracas, ciudad inolvidable por el prodigio y lo numeroso de sus conversadores.

Antes de este día me hubiese gustado haber leído cada uno de los trece libros. Debo confesarles que soy una de esas personas que vive en lucha con el tiempo y que me pasa a veces que se me escapan las horas para hacer todo lo que quiero. Pero aun cuando eso hubiese ocurrido, desde un primer momento, impuesto de la noticia de su temprano fallecimiento, y de la información que anunciaba que había dejado un libro próximo a ser publicado, estaba pendiente de la aparición del libro de Valentina Marulanda, de incitante título, *La razón melódica*, sin lugar a dudas una rara joya, un libro peculiarísimo y exquisito que viene a honrar todavía más la impecable trayectoria reflejada en el catálogo de Equinoccio.

Como cualquiera de ustedes, también yo a lo largo de mi vida he encontrado en la música ese otro espacio de la existencia sensible, donde el yo parece apaciguarse, cambiar su carácter y donde el tiempo parece detenerse para abrir los sentidos a ese fenómeno

prácticamente indescriptible que llamamos la música, y que es capaz de diluirnos, de hacer que la realidad a nuestro alrededor se suspenda durante pedazos de tiempo, mientras escuchamos extasiados esas sonoridades que nos estremecen.

En distintas oportunidades, reunido con amigos que son pertinaces melómanos, he tenido el privilegio de escuchar el modo apasionado con que intercambian ráfagas de comentarios, frases que son como guiños o como códigos indescifrables para los demás, pero también en esos momentos he podido percatarme de lo difícil que es expresar con palabras esa tan única y tan común experiencia que consiste en escuchar y pensar la música.

Luego de leer el libro de Valentina Marulanda no me queda resquicio de duda, con respecto a que hay una brecha considerable entre disfrutar la música y pensarla para escribirla. Posiblemente, como ocurre con quienes exploran los confines de las matemáticas o quienes añaden una variante a las posibilidades del ajedrez, sea legítimo pensar que los verdaderamente dotados para escribir sobre la música, para aproximarse a la dimensión intelectual del mundo de las sonoridades son pocos, muy pocos, seres tocados por una sensibilidad infrecuente.

No tuve la honra de conocer a Valentina Marulanda. Gente amiga me ha recordado su labor como periodista. Pero al encontrarme con los retratos de su plácido y hermoso rostro, no en el libro sino en los trabajos que se publicaron en los diarios al momento de su despedida, tuve la intuición de que además de un ser pleno de inteligencia, Valentina Marulanda debe haber sido una mujer entrañable, envuelta en esa aura tan especial que tienen las personas con capacidad de pensar el mundo de forma profunda, para luego volcarlo en una escritura que lo haga accesible para quienes no somos más que lectores.

Si la música, tal como lo dice en uno de los ensayos de *La razón melódica*, tiene un carácter polisémico, es decir, puede estar sujeta a tantas interpretaciones como personas la escuchan; si la música contiene la más universal de las posibilidades de entendimiento entre los hombres, entonces esta noche, en homenaje a su memoria, el nombre de Valentina Marulanda debe sugerirnos que, a pesar de la complejidad propia del mundo, nuestro esfuerzo de comprensión de todo cuanto nos rodea debe ser incesante, extendido y generoso, como es incesante, extendida y generosa la música del mundo.

Que el catálogo de la Editorial Equinoccio haya publicado *La razón melódica*, texto de filosofía de la música, es un indicador inequívoco de la apertura que está en la intención de la editorial, es un dato firme de la disposición que hay en sus responsables por poner en manos de los lectores materiales que portan otras vocaciones y otros pensamientos. Es un paso que entraña un cierto cambio, una novedad, una innovación si ustedes me lo permiten.

Si lo analizamos con detenimiento, posiblemente lleguemos a la conclusión de que una labor como la de la Editorial Equinoccio guarda semejanzas con la operación de servicios financieros de Banesco, en más de un propósito. Pero me gustaría destacar ante ustedes

justamente el valor, no diré que de lo nuevo, pero sí de lo que abre nuevos espacios para las ideas, para la creatividad, para los proyectos, para la acción.

La monotonía inherente a todo desempeño; la repetición de ciertos esquemas para pensar y solucionar los problemas; los asuntos que nos aguardan en la mesa de trabajo cada día, siempre parecidos a los de ayer y que predicen cómo serán los de mañana; todas estas rutinas, cada una de estas circularidades, a menudo nos alejan de los significativos beneficios y potencialidades que se generan con los pequeños cambios.

Vivimos en una sociedad que tiene demasiadas ventanas y puertas cerradas. La venezolana es ahora una comunidad de pasillos congestionados, obstaculizados, intervenidos por fuerzas que se han desplazado fuera del lugar que les corresponde. La sensación de aire enrarecido, de dificultad para circular, de futuro que no alcanza a verse tras los nubarrones de la polarización, tiende a producir una especie de parálisis que nos impide ir más allá, ver más allá, pensar más allá del agobio inmediato.

Que al nombre de Valentina Marulanda podamos añadir esta noche los de Gina Saraceni, Rowena Hill, Raquel Rivas Rojas, Luis Moreno Villamediana, Ángel Gustavo Infante, Juan Carlos Méndez Guédez, Álvaro Contreras, Reinaldo Cardoza, Álvaro Martín Navarro y Néstor Mendoza, constituye la noticia de que nuevas energías siguen articulándose como esperanza, como novedad, como fuerza que nos indica que lograremos superar las dificultades.

Y digo más: que junto a la evocación de Valentina Marulanda sea imprescindible pronunciar el nombre de José Ignacio Cabrujas, que ha encontrado en la Editorial Equinoccio el canal para volver a las manos de los miles y miles de lectores que con tanta frecuencia recuerdan y extrañan la presencia del maestro, limpia el aire, nos autoriza a respirar hondo y a sentir que hay un fondo de buena voluntad en Venezuela, de constructivo amor por el país, que logrará que avancemos hacia tiempos mejores.

Cada uno de estos libros que se presentan esta noche; las voces de José Ignacio Cabrujas, Oswaldo Trejo, Eugenio Montejo y Valentina Marulanda, que siguen entre nosotros; el aniversario que honra a la editorial Equinoccio pero también a la Universidad Simón Bolívar, que la ha hecho posible a lo largo de cuatro décadas; todos en conjunto y uno a uno en su respectivo campo de fuerza, es parte de una economía simbólica a la que Banesco ha querido y quiere prestar su apoyo.

Lo que en el mundo de las empresas se conoce como responsabilidad social empresarial, también está dirigido a este mundo del espíritu que ustedes encarnan. No siempre logramos expresar nuestra comprensión y nuestro gusto por lo sensible. Que hayan aceptado esta invitación y que me hayan escuchado durante estos minutos, me reconforta porque me permite decirles, justo antes de cerrar esta intervención, lo mucho que nos gusta que este lugar sea un espacio de encuentro para poetas, narradores, ensayistas y gente que hace periodismo.

Muchas gracias a todos.

Juan Carlos Escotet R.